

I

Roma, año 154 a.C., principios del verano.

Marco Porcio Catón fue uno de los primeros en alcanzar la Curia Hostilia. Tras penetrar en ella con paso ágil, subió de dos en dos los escalones que lo condujeron hasta su escaño. A sus ochenta años ya cumplidos, el anciano senador mantenía las costumbres austeras de la milicia. Se levantaba mucho antes del amanecer, desayunaba unas simples gachas de avena y se ejercitaba durante una hora antes de emprender el trabajo en el campo al lado de sus propios esclavos; o, como aquella mañana, sus obligaciones de magistrado. La edad y el tiempo no habían conseguido menguar su fuerza física ni erosionar su noción de servicio al Estado.

A Catón, su prestigio militar lo precedía como el trueno a la tormenta. A pocos hombres la vida les había dado tanto de sí como para pelear en tres guerras: contra los cartagineses, contra los seléucidas del rey Antíoco III Megas y contra los insurgentes iberos en Hispania. Le gustaba afirmar que a él lo habían enviado a la Tarraconensis con la orden de acabar con la rebeldía de los ilergetes y otros pueblos de la costa del Mare Internum, y eso había hecho. Con contundencia e incluso con saña. Y aún le había sobrado tiempo para asumir una misión que el Senado todavía no se había atrevido a encargarle a nadie: cruzar la Celtiberia de parte a parte y vivir después para contarlo.

Con afán exploratorio, Catón se adentró en el territorio hostil de los arévacos con una simple legión, logró ubicar sobre un mapa algunas de sus principales fortalezas y muchos castros. Fue el primero en pasar junto a Occilis, Termes o Uxama, y admirar las murallas de Numantia. Eso sí, desde fuera y a una prudente distancia.

Aquel año de servicio en Hispania, además de proporcionarle laureles militares, le fabricó una fama de hombre generoso. Por-

que, hasta la fecha, ningún cónsul había renunciado a las ganancias de una campaña. Una parte de lo que le correspondía como gobernador la entregó íntegra al Estado, para el beneficio de la República. El resto fue repartido entre la tropa. Su aura de ciudadano intachable llegó un poco después, en su etapa de censor, cuando acusó al mítico Escipión el Africano de meterse en el bolsillo gran parte de los fondos públicos destinados a financiar sus ejércitos. El proceso no fructificó debido a la sorprendente injerencia de un joven tribuno de la plebe llamado Tiberio Sempronio Graco. Su derecho a veto salvó a Escipión de la cárcel; pero a Catón el proceso le sirvió para auparse definitivamente al pedestal de los incorruptibles.

Oteó Catón las gradas todavía muy despobladas de la Curia Hostilia en busca de su hijo Liciniano. No lo distinguió entre los presentes, aunque lo vio llegar un cuarto de hora más tarde, cuando todos los senadores ocupaban ya sus asientos. Venía trasabillando, gruñendo mientras pedía paso sin excusarse. Masculló un exabrupto el *princeps senatus* cuando su primogénito se derrumbó por fin sobre su escaño como un fardo muerto. Podía entender su enfado tras la virulenta discusión mantenida con él la tarde anterior. Pero lo más intolerable eran sus intempestivas borracheras. Y es que, a punto de cumplir cuarenta años, Marco Porcio Catón Liciniano —conocido públicamente como Liciniano para diferenciarlo del padre— seguía cómodamente instalado en los brazos de la molicie. Rechazaba las consignas de su progenitor para continuar su obligado *cursus honorum* y aspirar a un futuro de prestigio. Se había limitado a ejercer como edil curul y posteriormente como cuestor. Sin embargo, descartaba la pretura y no digamos el consulado por considerarlos unos cargos excesivamente expuestos y, sobre todo, fatigosos para alguien cuya jornada diaria discurría entre las tabernas, los locales de lenocinio y las termas.

Casi un mes llevaba el Senado romano sin reunirse. La última ocasión había sido con motivo de la victoria de Quinto Opimio ante los ligures. A Catón, el triunfo concedido a aquel cónsul pretencioso se le había antojado inmerecido, por lo sencillo e

incruento. Aun así, no había podido evitarlo. El asunto de aquel día, sin embargo, mostraba un cariz bastante más inquietante: «Grave desacato en Celtiberia», había escrito sobre una tablilla Manio Acilio Glabrión, segundo cónsul y autor de la convocatoria.

Acabaron por llenarse las bancadas de la Curia Hostilia en medio del murmullo. También los espacios reservados al público se vieron repletos de asistentes. Parecía claro que el repentino problema surgido en Hispania suscitaba la preocupación o, cuando menos, la curiosidad de muchos ciudadanos. El repiqueteo furioso de unas sandalias claveteadas aplastó al fin los últimos cuchicheos. Pertenecían los ecos castrenses a un tribuno recién llegado de Hispania. Lo acompañaba Acilio Glabrión, pero a él no se le oían los pasos porque gastaba mullidos *calcei* de piel de cabra.

No tuvo reparo el segundo cónsul en buscar su lugar en el graderío y abandonar al joven militar frente a seiscientos ojos ansiosos. Desde hacía más de dos décadas los conflictos le habían llegado a Roma únicamente de Oriente o desde el norte. En todo ese tiempo, la Celtiberia se había comportado como un volcán adormecido, aunque latente. No hacía falta asomarse a la boca del cráter para oler el azufre de la furia o advertir los temblores del descontento bárbaro. Exteriormente, sin embargo, apenas se apreciaban síntomas.

Gracias a los pactos alcanzados por Tiberio Sempronio Graco con la mayor parte de las tribus celtíberas veinticinco años atrás, los pretores habían viajado a la Hispania Citerior con el uniforme reluciente, regresando meses más tarde con las ropas llenas de polvo, pero sin sangre. La erupción de lava parecía contenida o bajo mínimos. Pero un volcán es siempre tierra inflamada por el fuego, y sus tripas pueden reventar en cualquier instante. Por esa razón, temían muchos, el gobernador de la provincia habría mandado a uno de sus tribunos con un mensaje alarmante bajo el brazo y la cara de quien presiente la batalla próxima.

Traía el joven militar su carta bien aprendida porque ni siquiera necesitó desenrollar el pliego para exponerla.

—Después de varias semanas de estrecha vigilancia, creemos que la capital de los belos, Segeda, pretende ampliar en muchos estadios su actual muralla. Eso supone incumplir las condiciones de la actual tregua, y por ello solicitamos instrucciones —sostuvo con rictus tirante. Y se quedó esperando la reacción de los trescientos senadores.

Volvieron a escucharse murmullos en la sala, varias maldiciones e incluso algunos gritos pidiendo el castigo inmediato de los rebeldes. Exigió orden Acilio Glabrión a los asistentes y dirigió un escrutinio inquisitivo hacia Porcio Catón. Como *princeps senatus*, le correspondía a él opinar primero. Era norma de obligado cumplimiento que el más venerable entre los senadores diera su punto de vista antes del posterior debate. Y, sin embargo, el magistrado más veterano y longevo de Roma desestimó tal posibilidad con un imperceptible gesto de la cabeza. Prefirió que fuesen otros los que se pronunciasen mientras él permanecía en silencio, con ademán concentrado.

Fue precisamente Quinto Opimio, el recién condecorado, quien más ardor puso en demandar una intervención urgente del ejército ante un acto de desobediencia flagrante. La legión destinada en la Citerior, afirmó, sería suficiente para meter en cintura a una simple *polis* hispana. Y si no lo era, para algo estaban las tropas acuarteladas de manera permanente en Castra Atiliana. La actuación debería ser inmediata y, sobre todo, ejemplarizante, zanjó.

Estuvieron de acuerdo con lo escuchado muchos de los que ya habían ejercido como pretores o cónsules en Hispania o en otras provincias. En especial Publio Cornelio Escipión Nassica Córculo, que instó a los reunidos a aprobar de manera unánime el decreto que sirviera para borrar de la faz de la tierra a una ciudad insolente llamada Segeda.

Abrió los ojos Porcio Catón de repente, pues los había cerrado hacía minutos para aislarse mejor de la algarabía. Para Acilio Glabrión, el gesto no pasó inadvertido. Conocía muy bien a su amigo, desde que ambos lucharan codo con codo en la temible batalla de las Termópilas. Era consciente de que el *princeps senatus* deseaba

al fin hablar, pero no sabía si aquella voluntad urgente de expresarse respondía a alguna idea surgida de las reflexiones de un estoico confeso o al odio.

Estaba Escipión Nassica Córculo recibiendo la ovación de su bando político, los *optimates*, cuando se oyó a Glabrión exigir silencio a grandes voces, pues la excitación ante un posible conflicto armado había convertido a muchos senadores en ruidosos chiquillos. Mas no era la intención de Catón disertar a la ligera sobre los pormenores de una guerra todavía ilusoria, como a su entender habían hecho los otros. Por eso, antes de intervenir, escrutó al heraldo venido de Hispania como si quisiera dibujar su retrato de memoria.

—A ver, hijo, sobre esa ampliación de la que hablas —le dijo con la frente convertida en un haz de arrugas—, ¿existe realmente la certeza o es solo vuestra sospecha?

Pareció el joven militar inicialmente molesto con el tratamiento, y después algo atribulado por la pregunta. Hasta que su rostro dibujó una extraña mueca a medio camino entre la burla y la cólera.

—Hace ya algunos años que los belos invitaron a los titos a instalarse en los dos montículos aledaños a su gran fortaleza. O tal vez los obligaron. De eso no estamos seguros. Lo único cierto es que en Segeda han empezado a acumular materiales de construcción a las puertas del *oppidum* con intención, creemos, de dotar de defensas a los nuevos barrios. De hecho, ya han iniciado las obras. ¿Qué más pruebas quieres? Hasta un niño se habría dado cuenta de que su intención es levantar un muro enorme —afirmó con afectuosa impertinencia.

Acilio Glabrión tuvo que esforzarse para que retornara el respeto al turno de palabra pues la respuesta del tribuno había provocado algunos comentarios jocosos.

Asintió Catón con gravedad, ajeno a las risas de los *optimates*.

—Entiendo —murmuró, pellizcándose la mejilla con dos dedos—. Y esa muralla tan preocupante, ¿qué dimensiones tiene ya?

Desplegó su rollo el heraldo para ser enteramente fiel a lo anotado por los agrimensores.

—Veinte pasos de largo y unas dos varas de altura en su punto más alto. —Rieron esta vez los populares, y hasta los *optimates* mostraron su sorpresa por tan exiguo tamaño—. Pero nuestros ingenieros creen que alcanzará los cuarenta estadios cuando esté terminada, y convertirá a Segeda en una fortaleza tal vez inexpugnable —añadió el tribuno en tono de ofensa.

Había bordeado Catón la ciudad que los belos y las demás tribus indígenas llamaban Sekaisa en su temeraria incursión en Celtiberia hacía cuarenta años. Contaba entonces el *oppidum* con unas defensas exteriores que apenas llegaban a los doce estadios. Su muralla norte era ciertamente admirable, igual que el foso. Por el sur, la cercanía del río protegía a la fortaleza lo suficiente como para no requerir más que un muro mucho más modesto. Le costaba al viejo senador imaginar una transformación tan rotunda.

—Pero esas labores de construcción, dado su reducido tamaño... —insistió Catón desde aquella pose de pensador ateniense—, bien podrían tratarse de una simple cerca para encerrar ganado; o, como mucho, de un almacén para guardar grano. ¿No te parece?

Sintió el tribuno el peso invisible y, sin embargo, colosal de trescientas miradas atentas. El Senado romano podía ser un órgano partido en dos bandos irreconciliables, pero en cuestiones de Estado, la demagogia quedaba olvidada. Y entonces la línea divisoria entre la facción *optimata* y la popular tendía a disimularse, si no a desaparecer por completo.

—Por su aspecto y trazado, no creemos que se trate de un mero corral o de un granero. Segeda pretende extenderse hacia el este, para proteger los nuevos enclaves ocupados por los titos. De ahí que mi pretor me haya enviado aquí en busca de órdenes —se defendió—. Lo que desea saber es si debemos atacar la ciudad de inmediato o simplemente hacerles un requerimiento para que depongan su actitud y derriben lo que ya han hecho.

Se rompió en mil pedazos el orden en la Cámara. A unos les parecía más adecuado el ataque fulminante con la consiguiente masacre. Y así lo hacían saber a grandes voces. Otros, por el con-

trario, apoyaban la opción más moderada de obligar a los belos a efectuar el derribo y ejecutar después a los cabecillas de la iniciativa, posiblemente a todo su Consejo. Crucificándolos en público para mayor escarnio.

Debatieron acaloradamente los magistrados, como era su costumbre, sobre la mejor manera de proceder; hasta que Acilio Glabrió creyó cumplido el tiempo de las palabras y llegado el de las decisiones. No obstante, antes de llevar a cabo una votación a mano alzada, instó a los presentes a escuchar las consideraciones finales del *princeps senatus*.

Una quietud expectante se apoderó de la Curia Hostilia. Hasta los Escipiones admiraban, en secreto, a Marco Porcio Catón por su amor incondicional a la República y el respeto de sus valores. Sabían que detrás de aquel vejestorio de gesto huraño y carácter adusto se escondía el máximo defensor de la supremacía romana sobre todos los pueblos del mundo, especialmente los llamados bárbaros. Creía fervientemente el antiguo pretor, censor y cónsul en el derecho de Roma a someter —por la vía de la fuerza si hacía falta— a todas las tribus salvajes. A cualquier grupo humano cuyas costumbres, leyes y formas de gobierno se alejasen del precepto itálico. Y, ciertamente, los celtíberos eran de los más distantes.

—No podemos hacer *casus belli* de cualquier cosa —asentó entonces Catón para sorpresa de muchos—. Antes de desencadenar una guerra hay que estar muy seguro de dar los pasos precisos. ¿Qué conseguiríamos atacando ahora mismo la ciudad de Segeda? —se preguntó retóricamente, provocando una quietud imperfecta, una calma rumorosa horadada por el gusano de la indignación.

Pertenecían la voz y los comentarios a Publio Cornelio Escipión Emiliano, un joven senador con ganas de hacerse un hueco entre los grandes.

—¿Qué conseguiríamos atacando ahora, nos preguntas? ¡Restituir nuestra honra! ¿Te parece poco? Sea o no sea una gran muralla eso de lo que habla el tribuno, la mera ampliación o modificación de un *oppidum* es motivo suficiente para emprender

una acción de castigo. ¡Lo dice el tratado firmado con esas bestias! ¡Hace mucho tiempo que los celtíberos se ríen de nosotros! ¡Llevamos dos décadas sin hostigarlos a pesar de que no pagan el *stipendium* y tampoco ceden auxiliares para nuestras legiones! ¡La burla debe cesar! —repuso el joven con vehemencia—. Voto por que el ataque a la ciudad de Segeda se produzca de manera inmediata. ¡Como ha dicho mi primo, ahora mismo podríamos destruir fácilmente esa fortaleza utilizando las tropas acuarteladas en la Hispania Citerior! —aulló Escipión Emiliano.

Aborrecía Marco Porcio Catón a todos los Cornelios Escipiones, a los vivos y a los muertos. Por su vida licenciosa, por sus caprichos infantiles, por su afición desmedida al derroche y al lujo. Pero odiaba, sobre todo, a uno que ni siquiera era de la estirpe, sino adoptado. Se repasó el viejo senador el cráneo con una mano de dedos aplanados por el manejo de las armas. Después se expresó así, sin dar tiempo a que el gallinero se alborotase:

—Querido Publio, has dicho algunas cosas interesantes, pero, en general, no sabes de qué estás hablando. Apenas te acercaste a la guerra de Macedonia de la mano de tu padre, el gran Lucio Emilio Paulo, al que después despreciaste el apellido sin necesidad alguna. —Hizo Catón un gesto de asco, y una pausa para observar el enrojecimiento del joven magistrado y escuchar el pataleo de sus familiares en los bancos—. Quisiste ver de lejos una batalla, pero no aprendiste nada. No tienes ni idea de lo que es conducir un ejército ni gobernar una provincia. Como senador, apenas te están saliendo los dientes. Mira —prosiguió Catón como un abuelo aleccionando a un nieto con pocas luces—, una guerra es la última opción de todas las posibles, y esto te lo dice alguien que ya peleó en tres conflictos. Cuando tú eras apenas un niño se nos ocurrió enviar a dos generales supuestamente competentes para que sometieran la Celtiberia al Imperio, ¡y fracasaron! ¿Sabes por qué? Porque ambos azuzaron muchos avisperos al mismo tiempo y, lejos de acabar con la resistencia, consiguieron lo contrario: la alianza de todas aquellas tribus en contra de Roma. En la batalla final no se puede decir que lográramos gran cosa, excepto llenar

el Mons Caunus de tumbas romanas. Y a pesar de que Graco se trajo un pacto con unas supuestas obligaciones por parte del enemigo, el entendimiento fue más teórico que práctico. De hecho, todavía estamos pagando las consecuencias de aquel desastre.

Hizo el orador una larga pausa por si alguno de los anteriormente aludidos sobre el fiasco de aquella guerra, o alguno de sus parientes, quisiera decir algo. Pero nadie argumentó una sola palabra en su descargo; entre otras cosas porque Fulvio Flaco ya estaba muerto y Sempronio Graco no se encontraba precisamente en condiciones de defenderse. Así pues, Catón creyó allanado el camino para seguir aleccionando a un senador todavía en ciernes.

—Es cierto que debemos hacer algo para que la Celtiberia sea cuanto antes un territorio sumiso y rentable, y no un agujero permanente en nuestras arcas, además de un dolor de cabeza —admitió—. Pero atacar Segeda tan solo por la sospecha de que sus habitantes han empezado a levantar un tabique podría soliviantar al resto de tribus. Y volveríamos al punto de partida. Es decir, justo donde lo dejamos hace veinticinco años. —Se inflamó de nuevo la sala de una ira vieja y latente. Arreció su voz Catón para hacerse oír entre el tumulto—. ¿Creéis acaso que los belos comenzarían a pagar tributos voluntariamente si arrasáramos su *oppidum* mañana mismo? ¿Estáis seguros de que arévacos, titos, lusones y pelendones se quedarían de brazos cruzados tras lo que iban a considerar una medida desproporcionada? ¿Pensáis que estamos ya listos para librar otra gran guerra pasado mañana?

—Pero, entonces, ¿qué propones? —preguntó un desnortado Escipión Emiliano.

—Esperar.

—¿Esperar a qué? —seguía manteniendo el joven senador el ceño arrugado.

—¡A que el desacato se confirme, maldita sea!

El tono firme de Catón y el exabrupto provocaron en el joven Escipión un ligero sobresalto. De repente, el anciano senador le pareció un curtido centurión a punto de ensartarlo con su *gladius*.

—Me... me parece bien lo que dices —murmuró mansa-

mente—. Pero si al final ese tabique se convierte en muralla, ¿cuándo actuaremos? ¿Cuando tenga dos estadios de largo? ¿Tres? ¿Cinco? ¿Cuál sería el límite tolerable?

Era Catón un hombre singular en la vida civil. No había amo en Roma que dispensase un trato más exquisito y humano a sus sirvientes. De hecho, acababa de contraer matrimonio en segundas nupcias con Salonia, su esclava más joven y bella. En lo militar, igual que en el Senado con sus rivales políticos, Marco Porcio Catón era un demonio implacable. Un ser para quien la victoria resultaba más gloriosa cuanto mayor fuese el padecimiento del enemigo vencido.

—El límite tolerable me preguntas... —murmuró el *princeps senatus* esbozando una sonrisa siniestra—. ¡Les ordenaremos destruir esa maldita muralla cuando haya crecido lo suficiente como para que su derribo les resulte más doloroso que matar a una madre! —exclamó—. Y como no lo harán... —continuó—, entonces habrá llegado el momento de reducir Segeda a escombros, matar a todos sus habitantes, y demostrar al resto de pueblos celtíberos las consecuencias que conlleva el desacato a Roma.

Ni siquiera Escipión Nassica Córculo, máximo rival de Catón en la Cámara, se atrevió a contradecir la propuesta.

—Estamos de acuerdo con la estrategia —afirmó en nombre de su familia.

II

Ciudad celtíbera de Sekaisa, año 154 a.C., mediados de octubre.

Le gustaba a Caro admirar su proyecto durante el crepúsculo. Consideraba casi suya la nueva muralla. Al fin y al cabo, él había sido el principal valedor de la idea. Estaba cumpliendo, sentía, con la voluntad y el legado de su difunto padre, el gran caudillo Magilo. Su carácter fogoso y su fama de hombre violento le habían proporcionado el respeto de la Asamblea de Jóvenes de Sekaisa. Ese apoyo incondicional del sector más ruidoso y beligerante de la ciudad era el que había vencido finalmente la reticencia del Consejo de Ancianos a abordar una ampliación absolutamente necesaria.

No era ya la capital de los belos la ciudad encerrada en sí misma de antaño. La paz con Roma había hecho florecer el comercio, la agricultura, la artesanía, la ganadería..., pero sobre todo había incrementado su población de manera muy notable. Nacían más niños que cuando había conflictos con las legiones itálicas, y apenas moría nadie prematuramente. No obstante, buena parte de aquel esplendor podía anotarse en el haber del gran Magilo, padre de Caro y líder legendario durante la guerra contra Roma. Él había sido el primero en tomar una decisión insólita en toda la Celtiberia: repartir algunas tierras entre los desfavorecidos.

Amparado en su incuestionable prestigio, Magilo presionó a los clanes más poderosos para que sus integrantes cedieran pequeñas parcelas a quienes no tenían dónde caerse muertos. Dijeron que sí los terratenientes para no irritar al gran líder guerrero, pero únicamente entregaron secos pedregales y terrenos en pendiente; zonas en las que difícilmente se podría meter un arado y cultivar algo. Aun así, la medida atrajo a muchos.

Vinieron familias enteras que llevaban años deambulando sin

ton ni son por el páramo. Se acercaron grandes gentilidades pertenecientes a la modesta estirpe de los titos. Llegaron gentes desheredadas de las grandes ciudades y de sus propios clanes. Magilo los recibió a todos con los brazos abiertos y, además, a quienes traían pequeñuelos les obsequió con una oveja y una cabra, para que a los alevines celtíberos no les faltara la leche caliente las primeras noches. Obviamente, no les dio vacas y mucho menos caballos, pues la crianza de cierto ganado estaba reservada a los linajes más aristocráticos. En realidad, tampoco era la pretensión del gran caudillo erradicar por completo las diferencias sociales. Su idea primigenia consistía en convertir Sekaisa en un *oppidum* populoso, con más manos para el trabajo pero, sobre todo, con más brazos para empuñar una espada en caso de una nueva confrontación contra Roma. Y aunque ya no pudo comprobar del todo los resultados de su política, lo cierto es que las cosas salieron, a priori, mejor de lo previsto.

Posiblemente, el mítico padre de Caro no había contado con que el disfrute de un triste terruño atraería a tantos menesterosos. Hasta el punto de que los dos montículos aledaños a Sekaisa pronto quedaron abarrotados de casuchas y cuevas excavadas en sus laderas, incluso de calles y senderos que comunicaban aquellos barrios periféricos con la gran urbe. Y así, la ciudad fue haciéndose enorme y comenzó a rebosar gente por sus cuatro costados, de tal forma que resultó imposible encontrar un rincón con techumbre dentro del recinto amurallado. De ahí que a muchos de los recién llegados no les quedara más remedio que ir asentándose extramuros.

Como era de esperar, aquellos nuevos moradores decidieron un buen día hacerse oír ante el Consejo. Demandaron algo aparentemente lógico y humano: la ampliación de la antigua muralla hasta que todos, no solo los antiguos habitantes, quedaran protegidos de los peligros.

Se miraron unos a otros los ancianos del máximo órgano regente con cara de circunstancias antes de desestimar cualquier tipo de obra. Adujeron que en Sekaisa y alrededores ya no había

alimañas humanas ni riesgos de sufrir un ataque; y por eso le dieron largas al representante. No en vano, la mayor parte de aquellos viejos consejeros había peleado en la guerra que todas las tribus celtíberas libraron por su libertad contra el general romano Tiberio Sempronio Graco. Todos se acordaban de la infausta batalla del Mons Caunus, de los gritos, de los muertos, de las tres noches de batalla entre tormentas. Y de las promesas vertidas cuando ambos bandos comparecieron por última vez en la campa de Arekoratas para terminar de matarse, pero terminaron pactando, porque ni el cónsul ni los líderes celtíberos eran capaces de discernir quién iba ganando y quién perdiendo en un choque que pareció interminable.

Se marchó el embajador de los advenedizos mascullando letanías por lo bajo, pero retornó al día siguiente con un compañero, un heraldo nombrado por las muchas gentilidades pertenecientes a la estirpe de los titos. Entregaron ambos hombres un mensaje muy breve y sencillo: deseaban ser escuchados por la Asamblea de Jóvenes.

Resultó curioso, aunque no sorprendente, ver temblar a los ancianos del *oppidum*. Pero es que sabían de antemano cuál sería el resultado de una votación que implicase a todos los estamentos de la urbe. Porque ellos también habían sido jóvenes y alocados y conocían de sobra los males y las consecuencias de una enfermedad que solo se cura con el discurrir de los años.

Fue apabullante el resultado. Y fueron las soflamas de Caro las que más soliviantaron a las masas en favor de los demandantes. Por algo había heredado el líder de los guerreros de Sekaisa las hechuras de su padre, su imponente aspecto de oso cavernario, su retórica encendida, sus ademanes intimidantes y, fundamentalmente, una fe ciega en las ideas que encerraba su cabeza.

Cierto era, no obstante, que a la antigua Asamblea de Jóvenes Guerreros se le había caído la última palabra del nombre, debido al desuso. Ya no se formaban coaliciones, ni grandes ejércitos para dar batalla a un invasor casi invisible. Pero la fuerza de la costumbre, y también las escaramuzas continuas entre ciudades rivales,

mantenían viva una junta que, más que mostrar el sentir del sector más juvenil, era ya la voz del pueblo llano. De ahí que su dictamen se considerase indiscutible; incluso para el Consejo y los clanes más influyentes.

Se regodeaba Caro en la contemplación de su muralla mientras mordisqueaba una manzana sentado sobre un pedrusco. Al fin y al cabo, aquella obra tenía para él una clara simbología. Hablaba de su liderazgo incuestionable en la fortaleza, del respeto de casi toda la población por su palabra y del peso de sus convicciones. Significaba también la unión de un gran grupo, relativamente variopinto, en el compromiso de avanzar y progresar juntos. Porque en la construcción de la nueva Sekaisa, Caro había logrado finalmente arrastrar a todos. A los ricos, a los pobres, a los jóvenes, a los casi ancianos, a los convencidos e incluso a los tibios. Desgraciadamente, y aunque el hijo del gran Magilo no era consciente de ello, el grueso muro con relleno de piedras representaba un desafío intolerable para una fiera agazapada llamada Roma.

Parpadeó Caro varias veces pensando que el sol oblicuo de la tarde le hacía ver visiones. Se limpió el sudor de los ojos con una mano manchada de tierra, pero no notó ninguna mejoría. El espectro continuaba allí, inmóvil, surgido de la nada, plantado a solo cinco pasos, mirándolo desde las profundidades de una capucha negra en la que no se distinguían rasgos ni pupilas. Solo cuando el desconocido se movió para acercarse tintinearón las cadenas que aquella silueta parda llevaba sujetas a un tobillo. Caro supo entonces de quién se trataba.

—Tú...tú eres... ¡la Sombra! —balbució perplejo mientras la manzana se le escurría entre los dedos.

—Mmm... sí —resolló lacónico el brujo más venerado y temido en toda la Celtiberia.

Miró Caro con ojos incrédulos la figura fantasmal que caminaba apoyada en un robusto bastón de boj coronado por una minúscula calavera humana. Si alguien le hubiera dicho en ese instante que debajo de aquel *sagum* oscuro y raído se escondía un esqueleto, él lo habría creído sin dudarlo.

—Mi padre me dijo que volverías después de veinticinco años... ¿Ya... ya ha pasado todo ese tiempo? —preguntó todavía estupefacto.

Emitió el druida un suspiro de cansancio. En vez de responder lanzó un vistazo evaluativo a las obras de la muralla y a los torreones que deberían defenderla cada sesenta pasos.

—¿Con quién has contado antes de ordenar levantar todo esto? Esbozó Caro un gesto malicioso.

—¿Y tú me lo preguntas? Mi padre solía decirme que lo sabías todo...

Giró su cabeza la Sombra lentamente. Después emitió un resoplido, como si el comentario le hubiera hecho gracia.

—Oh, sí, tu padre, el gran Magilo, lo recuerdo. Tuve que ser paciente con él al explicarle muchos conceptos. No era muy listo —rememoró—, pero al menos llevó una vida recta y dejó las cosas como se las encontró. Puede que un poco mejor incluso. En cambio, tú... —ladeó su cabeza el brujo como para mostrar sus dudas—, todavía no sabemos cómo acabará esta historia.

Acusó Caro el mordisco en su orgullo de caudillo.

—¿Qué pretendes insinuar? —inquirió desafiante.

Obvió la Sombra la pregunta y volvió a examinar los cerca de siete estadios de muro ya erigidos que, unidos a los veinte ya existentes, conferirían a Sekaisa el aspecto de una urbe enorme y mámorea.

—¿Tuvisteis en cuenta a los arévacos a la hora de abordar el proyecto?

—Pedirles permiso quieres decir...

—Sí.

Asestó Caro un furioso puntapié a la manzana que reposaba en el suelo.

—¿Por qué diablos tendríamos que consultar con nadie?

—Por respeto y por prudencia —asentó, tajante, la Sombra.

Empezó a sentir Caro las aristas cortantes del pedrusco bajo sus posaderas.

—Muchos arévacos vienen por aquí para comerciar con noso-

tros, para celebrar el plenilunio o para casarse con nuestras mujeres. Han visto crecer la muralla desde el principio y jamás se han opuesto.

Pareció la Sombra un espantapájaros diabólico mientras escuchaba, indiferente, el alegato de Caro.

—¿Y con los pelendones... habéis hablado?

Le indignó la pregunta al líder de los guerreros.

—¿Qué les importa a esos pastores de la montaña lo que hagamos los belos con nuestros asuntos?

—¿Y con los lusones?

—¡Tampoco!

—¿Ni siquiera lo has comentado con tu primo?

—¿Con Leukon?

—¿Tienes más primos, acaso?

Se revolvió Caro, incómodo sobre el sillarejo.

—¡Vive en Contrebia Leucade! ¡Se acababa de quedar viudo cuando empezamos las obras! ¡Nos vimos en el funeral de su mujer! ¡No era el momento de hablar de estas cosas!

—Pero algo le dirías... —insistió la Sombra.

—Poca cosa.

—¿Y te dio su aprobación?

La paciencia de Caro pareció llegar a su límite.

—¿A qué viene tanto interrogatorio, maldito vejestorio? ¿Vas a decirme qué te ha traído de vuelta a Sekaisa después de tantos años?

Se agitó el capuchón pardo con un vaivén de pesadumbre.

—Has heredado el mal carácter de tu padre y, posiblemente, su afición por la bebida y las mujeres de mala vida, pero no su diplomacia —se lamentó la Sombra—. Tal vez ya no te acuerdes, pero el gran Magilo logró reunir a todos los pueblos de la Meseta y del valle del Hiberus para la batalla del Mons Caunus. Incluso los vacceos quisieron formar parte de esa coalición.

Fue Caro de Sekaisa quien pareció divertido entonces por una parte de la historia celtíbera que sonaba a cuento de viejas.

—¿Te refieres a la última guerra? ¡Hace mucho que nadie

habla ya de eso! ¿A quién le preocupan ahora mismo los romanos? —rio—. El último militar itálico que apareció por aquí fue uno llamado Máximo Vento y lo hizo para casarse con mi tía Elvia. —Se abrió de brazos el fornido celtíbero. También mostró los dientes en una sonrisa amplia y confiada—. Apenas pagamos tributos en moneda uno o dos años tras el pacto firmado por mi padre, y después... simplemente nos negamos. Nunca cedimos ni un solo hombre a los pretores de la Citerior para que prestaran servicio en las legiones, y tampoco pasó nada. Roma nos tiene miedo. Y si lo que te preocupa es que esta muralla les dé que pensar..., a nosotros no nos importa. Ya hicimos sacrificios a los dioses y metimos varias vasijas con huesos de ciervos y jabalíes en el relleno. A la vista está que la nueva Sekaisa es una fortaleza más fuerte que en tiempos de mi padre —zanjó Caro, haciendo un gesto abarcador con el brazo—. Y ahora, ¿vas a decirme a qué has venido?

Pensó la Sombra largo rato su respuesta. Y la expuso de manera algo enigmática.

—Hubo una vez un hombre que se salvó de un naufragio —comenzó—. Tuvo la suerte de encontrar un gran madero flotando. Se aferró a él y, como vio a otros a punto de ahogarse, empezó a dar voces para atraerlos. Estos llamaron a otros. Al final vinieron tantos que el poste se hundió y perecieron todos.

Agitó la cabeza Caro como si las moscas le estuvieran comiendo los ojos. Le resultó imposible captar el paralelismo entre el madero flotante y su *oppidum*.

—Maldito brujo del diablo, mi padre solía decir que le hablabas a veces con la lengua torcida —rezongó—. Ahora veo que tenía razón porque no hay quien te entienda.

Emprendió la Sombra el camino de su cueva en los arrabales de Sekaisa, pero al pasar junto al líder de los jóvenes se detuvo de nuevo.

—Te sientas en esa piedra todas las tardes, pero la vanidad te impide ver más allá de tus narices —le dijo antes de señalar con su cayado el horizonte más cercano al *oppidum*—. ¿Crees acaso

que los reflejos dorados en esos montes son pepitas de oro escapadas del río Salo?

Examinó Caro los destellos de un horizonte bastante cercano con ojos entornados. Comprobó que algunos se movían, otros desaparecían para surgir a pocos pasos segundos más tarde.

—Insinúas que esos brillos son... —murmuró sin dejar de escrutar los riscos.

—¡Son cascos romanos, imbécil! ¡Y debajo de ellos viven quienes llevan mucho tiempo espionando la construcción de esa muralla! ¡Ni siquiera has tenido la precaución de colocar vigías en los alrededores! —graznó el brujo antes de emprender el camino a su antigua morada.

III

Penetró la Sombra en su antigua cueva con la certeza de encontrarla vacía. Ni siquiera las ratas se habían aventurado a husmear dentro durante su ausencia. A decir verdad, solo en una ocasión la imperiosa necesidad de vivienda había llevado a un temerario a desafiar la leyenda. Pero salió a los dos minutos, con el gesto desencajado y los ojos en blanco. Murió el desdichado en brazos de los suyos en medio de violentas convulsiones. No obstante, antes de expirar le dio tiempo a relatar lo visto.

Al parecer, las paredes de la caverna lucían pinturas horribles: caballos de hocico bífido y cola de dragón, peces con dos cabezas, aves de tres alas y una sola pata, animales jorobados y amorfos con un único ojo en la frente... También los cuencos que la Sombra empleaba en sus pócimas estaban decorados con la misma fauna monstruosa. Al fin y al cabo, eso era lo que, según decían, el brujo había visto a diario en el inframundo de Vaélico, a cuyo trono había estado encadenado durante dos eternidades completas, hasta su liberación o su fuga.

No obstante, poco revuelo provocó en Sekaisa el retorno de la Sombra. De hecho, algunos afirmaban que no había vuelto. Fiel a su *modus vivendi*, en las siguientes dos semanas el druida apenas abandonó su guarida. Y si lo hizo, fue de noche, a la hora de los gatos y los murciélagos. Se mantuvo ocupado confeccionando sus misteriosos brebajes en una oscuridad oleaginosa en la que solo él era capaz de localizar sus preciados elementos. La extrema concentración en los ingredientes que ponía en su marmita y sus precisas proporciones no le impidieron, sin embargo, escuchar el cuerno de los peligros.

Hacía décadas que no sonaba aquel instrumento de alarma. Mas lo hizo con estruendo funesto en las calendas de noviembre. Tras el largo lamento se oyeron gritos y pasos acelerados en todas

direcciones. Hasta la cueva del brujo llegó también el rechinar de los tornos y las cadenas que atrancaban las cuatro puertas de la fortaleza una vez que todo el mundo estuvo a salvo intramuros. No pareció extrañado el brujo por el posterior silencio, ni por el gruñido de los goznes que volvían a abrir los batientes de la puerta norte a algún visitante imprevisto. Continuó con su meticuloso trabajo hasta que Caro y Alucio, el consejero más anciano de Sekaisa, se presentaron en la boca de la gruta unos minutos más tarde.

Vocearon ambos hombres antes de invadir un espacio casi vedado para los humanos, pero no obtuvieron respuesta. Y aun así entraron. Uno, el viejo, venía pálido como un muerto. Al jefe de los jóvenes se le leía el desconcierto en la escasa porción de rostro que le asomaba entre la melena y las barbas.

Habló Alucio, el *viros veramos* de la ciudad. Es decir, el miembro del Consejo más antiguo, rico y respetado. Por él había preguntado precisamente el decurión romano que había venido al mando de una turma de caballería. Para entregar un pergamino que el venerable mandatario sostenía entre un manojo de dedos temblones.

—¡Me... me citan! —farfulló sin que la Sombra levantara la vista de su marmita—. ¡Me cita el Senado de Roma! —repitió más alto, al filo del grito.

—Mmm... —murmuró el brujo, al parecer contrariado por el insuficiente grado de ebullición de su caldo. Avivó entonces la fogata añadiendo un par de leños.

—¡El Senado de Roma pretende que comparezca ante ellos! ¡Como miembro más destacado de este Consejo, quieren que me desplace al otro lado del mar para responder a sus preguntas! ¡Y me temo que todas tendrán que ver con esa maldita muralla! —Las voces histéricas de Alucio rebotaban en las paredes de la cueva como los chillidos de un conejo atrapado en las fauces de un zorro.

Probó la Sombra su bálsamo y movió levemente la cabeza, insatisfecho. Buscó un recipiente en una cornisa cercana del que vertió algunos polvos. Tras una llamarada, el color de la pasta adquirió una tonalidad cárdena.

—¿De dónde han venido esos romanos? —preguntó casi ausente.

—De Castra Atiliana. ¿Sabes dónde está?

—¡Pues claro! —La irritación interrumpió temporalmente las labores del druida—. ¿Y cuándo se cumple el plazo para la comparecencia?

—¡En los *idus* de este mes! ¡Apenas quedan trece días!

Reparó la Sombra en el portarrollos que Caro llevaba bajo la axila. Sin duda protegía algún documento también importante.

—Y eso es el salvoconducto para el viaje —infirió sin temor a equivocarse—. Para tomar cualquier embarcación con rumbo a Roma desde Tarraco, Emporiae o Carthago Nova.

—Así es —admitió Alucio antes de volver a expresarse atropelladamente—. ¿Pero es que no lo entiendes? Soy demasiado viejo para afrontar ese viaje. ¡Moriré sin llegar a pisar Roma! Necesitamos que nos digas qué ocurrirá si no me presento... Al fin y al cabo, el escrito no dice nada sobre posibles consecuencias ni represalias. Tal vez no pase nada y todo continúe como hasta ahora...

Espolvoreó el druida su caldo con nuevos ingredientes casi invisibles, aunque sí apestosos en grado sumo. Lameteó el palo con el que revolvía todo el amasijo y quedó, aparentemente, más conforme.

—Irá él —dijo, apuntando al portador del salvoconducto con su agitador de pócimas.

Sintió Caro el señalamiento como un flechazo.

—¿Yo? ¿A Roma? Ahí dice que debe ser el miembro más ilustre del Consejo quien se presente.

Se movió el capuchón de la Sombra, de lado a lado, en ademán desaprobatorio. Echó el brujo más polvos a la marmita, de dos frascos distintos. Un breve chisporroteo provocó una densa espuma en la superficie del brebaje.

—Ahora sí —musitó antes de enfilar a sus dos invitados con su mirada invisible y hablarles de manera críptica—. Hay un animal en África que entierra su cabeza en el suelo cuando presiente

que va a ser devorado por una fiera. La maniobra no le evita la muerte, pero sí el mal rato. Se llama avestruz —explicó, y se quedó observando la reacción de sus dos invitados.

Un silencio de necrópolis siguió al extraño cuento. Se miraron Caro y Alucio en la penumbra de la cueva sin llegar a verse por completo los rostros.

—Yo no conozco a ese bicho —gruñó el guerrero—, y ni quiera sé dónde queda África. Ya te dije que no nos ayudaría —le dijo a su compañero.

—África está más allá de los turdetanos, creo —explicó el *viros veramos*—. Al otro lado del mar estrecho, de donde vinieron los cartagineses. En cualquier caso, creo que lo que ha pretendido es llamarnos cobardes; sobre todo a ti, que eres más joven.

Estrujó Caro el portarrollos hasta que los nudillos se le pusieron blancos.

—¿Cobarde yo? —elevó la voz, empuñando el documento como si fuera una falcata—. ¡Dame lo mismo que le diste a mi padre para la batalla del Mons Caunus y verás de qué es capaz el hijo del gran Magilo!

Asintió la Sombra ceremoniosamente.

—Claro, justo acabo de prepararlo —dijo, y volcó el contenido de la marmita en una jarra de gran tamaño—. ¡Bebe!

Dudaba el joven guerrero al ver las extrañas irisaciones del líquido y los borbotones.

—¿Y me hará efecto?

Se mostró cauto la Sombra ante los resultados finales de su preparado.

—Al menos te hará parecer un hombre digno; y, sobre todo, evitará que te lo hagas encima cuando te veas encerrado entre trescientas hienas.

IV

Convocó Caro a la asamblea del pueblo aquella misma tarde. Y forzó al Consejo de Ancianos a comparecer ante ella. Quería que todos en Sekaisa conocieran la obligación de la ciudad a comparecer ante el Senado romano. Al fin y al cabo, la gente tan solo había visto a un suboficial itálico entregándole a Alucio un par de pergaminos. Y eso, en principio, no tenía por qué significar una hecatombe.

Acudieron al acto casi ocho mil almas, aunque no todos pudieron presenciar los discursos desde el interior de la plaza. Muchos tuvieron que instalarse en la techumbre de los soportales mientras que otros asistieron al cónclave apiñados en el adarve de la muralla.

Aparecieron en primer lugar los viejos mandatarios de las doce gentilidades más numerosas e importantes del *oppidum*. Mantenían el gesto grave e inexpresivo de las grandes ocasiones tras el que trataban de esconder el abatimiento. Leyó primero el *viros veramos* el contenido completo del mensaje en lengua latina y después lo tradujo al celtíbero por si a alguno se le habían escapado matices. A continuación, y antes de que el público se enredara en cábalas, dio por sentado que el motivo de tan urgente requerimiento era la construcción de la nueva muralla. Sugirió, por lo tanto, buscar un rápido entendimiento con la parte demandante, incluso si eso implicaba la paralización o el derrumbe de las obras. Con ese objetivo, el de la paz y la concordia, los ancianos de la ciudad habían decidido mandar a Roma al primogénito de quien había suscrito los famosos pactos con el pretor Graco. Hablaron en la misma línea los once miembros restantes. Pero lo cierto es que cosecharon más silencio que aplausos.

Compareció Caro ante los suyos ataviado con una rutilante cota de malla y un casco de antenas, como si de allí fuera a marcharse directamente a la batalla. Sus primeras palabras fueron para contradecir el pesimismo de los ancianos o, al menos convertir los nubarrones de la amenaza en un inofensivo nublado. No estaba claro, aseguró, que Roma deseara la destrucción de la nueva Sekaisa. En cualquier caso, afirmó, todos podían respirar tranquilos pues él defendería los intereses de la ciudad con el orgullo propio de los de su raza. Y si de repente el Senado ignoraba un tratado cuyo espíritu nadie, a su entender, había vulnerado, Sekaisa y todas las ciudades pertenecientes a la antigua confederación de pueblos celtíberos serían ya libres para aplastar a cualquier contingente itálico que osase adentrarse en su territorio, afirmó a voz en grito.

Fue aquella declaración temeraria y un tanto histriónica la que enardeció el ambiente y desencadenó una música que no se escuchaba en ninguna fortaleza desde hacía dos décadas y media: el estruendo metálico de las falcatas sobre los umbos de miles de escudos. Rugió la plaza y respondió el adarve con igual estampido de gritos cuando Caro ondeó su espada sobre la cabeza. Aquel fue el momento elegido por los miembros del Consejo para abandonar el estrado.

Se bajaron de la tarima con la cabeza baja, apoyados los unos en los otros como si el acontecimiento les hubiera echado diez años encima en solo diez minutos. Mas era en verdad el miedo y no la edad lo que les hacía flaquear las piernas, porque el último mensaje de Caro a un público ya entregado fue el de continuar con la construcción de la muralla durante su ausencia; como si nada ocurriera, como si la misiva de Roma fuera un trozo de tela inservible con el que limpiarse el trasero. El mismo Caro se sorprendió de la osadía de sus palabras y de la ferocidad de sus ademanes, pero lo atribuyó todo a la pócima proporcionada por la Sombra para convertirlo en un hombre más valeroso.

Tras los vítores vinieron las despedidas de quienes ya se iban para poder cumplir con los plazos concedidos por el Senado. Porque a pesar del valor imbuido por el brujo con su brebaje, Caro

deseaba ser puntual en su cita y, además, decidió a última hora hacerse acompañar para aquel largo viaje de tres hombres de confianza.

Se abrazaron a sus mujeres e hijos los que partían hacia lo desconocido. Así al menos lo sentían los tres lugartenientes, que jamás habían pisado la otra orilla del Hiberus y por supuesto, nunca se habían aventurado en la inmensidad del Mare Internum. Caro apenas le dedicó a su esposa Silvis un gruñido que valía por un adiós. A su hijo Lorien le lanzó una mirada distraída desde lo alto del caballo. No destacaba el jefe de los jóvenes guerreros por ser un hombre afectuoso y mucho menos un esposo modélico. En realidad, se había casado únicamente por cumplir la voluntad de su padre. Porque según el gran Magilo, el clan de los Bodevidescos —los de las grandes victorias— no podía ir a menos. Además, un caudillo debía tener al menos un heredero para ocupar su puesto. Y, en cualquier caso, la vida disoluta de un líder no suponía menoscabo alguno para su fama. De hecho, la popularidad de Caro entre los suyos le venía por su resistencia a la borrachera, su destreza con las armas y, sobre todo, por un amor indeleble a la ciudad que lo había visto nacer veintinueve años antes.

Ascendieron los cuatro heraldos el valle del *Saló* hasta alcanzar su desembocadura en el Hiberus en apenas día y medio. Después siguieron el gran río hasta el vado de Hibera. Allí lo cruzaron con prudencia, con la corriente justo por debajo de la panza de sus caballos. A partir de ese instante, procuraron en todo momento sortear las ciudades que mantenían en su interior una guarnición romana. No es que desconfiasen del salvoconducto, pero preferían no tener que mostrárselo a nadie. Llegaron finalmente a Tarraco sin contratiempos una semana antes de los *idus* de noviembre.

No pudieron demorarse mucho en la admiración de una polis monumental, grandiosa y, a primera vista, inexpugnable. Sabían que quizá tuvieran que perder tiempo en el puerto hasta dar con

la nave adecuada, como así ocurrió inevitablemente. Ningún barco parecía dispuesto a aceptar a cuatro hombres vestidos con pieles de lobo y armados hasta los dientes. Y por ello los embajadores belos decidieron en última instancia acudir a la Oficina de Aduanas.

Les ayudó aquel aspecto salvaje a abrirse paso entre un tumulto formado por mercaderes, compradores, marineros y esclavos. Encontraron a dos funcionarios dentro de la oficina, aunque solo uno atendía al público que estaba allí para pagar el *portorium*. El otro parecía llevar media vida con los ojos puestos en la puerta.

Se levantó el romano de un salto nada más verlos entrar y, tras echar una breve ojeada al salvoconducto, los arrastró hasta un extremo del puerto. Al parecer el tiempo apremiaba.

Había una flotilla de tres corbitas cargando sus últimas ánforas olearias en el muelle más alejado. Todo debía de estar pactado de antemano con el propietario, incluso las raciones de comida que recibirían durante el trayecto. Porque a los celtíberos se les permitió saltar a bordo sin tener que dar explicaciones. También al mantenimiento de sus monturas hasta el regreso de Roma se avino el amable funcionario.

Se acomodaron los jóvenes belos en la cubierta de la mayor de aquellas naves panzudas. Eran barcos grandes, de entre veinticinco y treinta varas de eslora y dos grandes velas cuadradas en los mástiles. Como hicieran los ancianos del Consejo pocos días antes, los guerreros de Sekaisa escondieron su pánico a aquella agua infinita detrás de un rictus inexpresivo y sus barbas frondosas.

Afortunadamente, dada la estación del año, el *gubernator* optó por una navegación de cabotaje, sin perder nunca de vista la costa, aunque las noches las pasaron fondeados en medio de una oscuridad bamboleante y salitrosa, tendidos sobre cubierta, abrigados tan solo por sus recios sagos de lana áspera y sus chalecos de piel de lobo. Cuatro días más tarde vieron el puerto de Ostia. Y como nadie les había dicho nada, tomaron aquella ciudad por Roma. Al fin y al cabo, era muy grande y contaba con abundantes templos y monumentos.

Se burlaron los marineros ante el patético desconocimiento de los hispanos. Y rieron mucho más al ver sus rostros de asombro cuando arriaron unas velas que ya no servían de nada y se dejaron arrastrar río arriba por varias yuntas de bueyes. Era la única forma de remontar el Tiberis, les dijeron, y entregar su valioso cargamento en Roma.

Una jornada completa tardaron en alcanzar el embarcadero junto a la Porta Trigemina. Y apenas un minuto en percatarse de que ya estaban esperándolos. Había dos lictores bajo los arcos de la muralla. A su espalda, una centuria completa de legionarios equipados con escudo oblongo, *gladius* e incluso *pilum*. Se sintió Caro importante por el recibimiento; pero a la par débil ante tan desproporcionado despliegue de tropas. Por primera vez tuvo el barrunto de que los romanos siempre habían dado por hecho que acudirían a la cita con el Senado. Porque parecían llevar tiempo preparando hasta el más mínimo de los detalles.

—Solo el representante del consejo de Segeda está autorizado a seguirme —les advirtió el lictor que llevaba la voz cantante.

Nunca había albergado Caro ilusiones de comparecer ante el Senado acompañado de sus amigos, pero tampoco contaba con tener que separarse de ellos tan pronto. Tragó saliva mientras esperaba a que el brebaje de la Sombra le hiciera de nuevo efecto. Solo cuando la templanza de los grandes líderes le serenó el pecho, despidió a sus lugartenientes con un gesto de la cabeza.

—Sin armas —exigió el guardián romano al ver que el jefe belo pretendía continuar adelante con su falcata y su daga.

—Para eso tendréis que matarme antes y os costará un poco —gruñó Caro—. Pero entonces tu querido Senado no tendría ya a nadie con quien entrevistarse esta tarde. Tú eliges.

Consultó al guardián con su compañero por medio de una mirada y obtuvo de él un breve asentimiento. Un segundo después, Caro de Sekaisa penetraba en la ciudad que ni siquiera el gran Aníbal había logrado ver por dentro seis décadas antes.

Iba como si fuera un prisionero de guerra y no un invitado. Aun así, a pesar de caminar escoltado por un pequeño ejército, el

jefe de los guerreros de Sekaisa desfiló ante una multitud de curiosos con la cabeza bien erguida y la mano derecha sobre la empuñadura de su espada. Se había colocado también los dos brazaletes de oro, herencia de su padre, para que el brillo de aquel metal precioso rivalizara con el del fulgor de sus ojos. Para que ninguno de los usuarios del Viscus Tuscus pudiera confundirlo con un vencido o un esclavo.

Contempló solo de reojo el Circo Máximo, como si no le admirasen sus dimensiones y sus inmensos graderíos. Lanzó ojeadas aparentemente despectivas al Capitolio y al Palatino mientras pisaba los empedrados de aquella concurrida vía pública con la dignidad del más valeroso caudillo celtíbero. Se arregló un poco las pieles de los hombros, se ajustó el tahalí del que pendía su espada y se ciñó de manera más firme los dos brazaletes cuando se vio a las puertas de la Curia Hostilia. Había logrado llegar a la cita con el destino, o con el enemigo, dos días antes de cumplirse el plazo.

Le habían preparado un tabladillo a pocos pasos de la entrada, con un amplio atril, por si hubiese traído consigo algún documento. La tarima de madera, observó, lo dejaría enfrentado a un gran hemiciclo de tres gradas llenas de senadores impertérritos. En algún momento de su vida todos aquellos prohombres habían ejercido como gobernantes o altos funcionarios en provincias ya sometidas al Imperio. Pocos, sin embargo, habían pisado el polvo de la Celtiberia. Casi ninguno había visto un bárbaro hispano de cerca. De ahí los ojos grandes, rebosantes de un estupor desdeñoso mientras contemplaban a un ser más parecido a un plantígrado que a un humano.

Subió el jefe de los belos los dos escalones que lo dejaban en lo alto del estrado en medio de un silencio expectante y desplegó la vista en torno a aquel mar de togas blancas. Notó con agrado cómo los senadores itálicos volvían la cabeza si él los miraba fijamente. Solo uno le aguantó el escrutinio. Lo tenía justo enfrente, en el centro del hemiciclo. Era viejo, y mantenía unos ojos muy azules escondidos entre rendijas. En realidad, todo su rostro era igual que un pergamino antiguo, arrugado miles de veces.